

AÑORANZAS DEL CABRERO PARTE III

RAFAEL BALLESTAS MORALES-

FOTO TOMADA EN 1956, CUANDO RAFITA IBA CAMINO A LA UNIVERSIDAD LIBRE PARA MATRICULARSE.

En el año de 1954, ya nuestro abuelo había fallecido, pero Mamá Raque, nuestra querida abuelita, aún vivía; sin embargo, su existencia comenzaba lentamente a deteriorarse.



Entre tanto, el primo Carlitos cursaba 5º, de bachillerato en el colegio Fernández Baena, y yo 4º, en la Esperanza.

Por aquellos días conocí a un muchacho que cursaba 5º, de bachillerato en el colegio Fernández Baena, y que al mismo tiempo era condiscípulo del primo Carlitos Facio Lince Bossa, y Prefecto de Disciplina en el mencionado plantel.

El motivo de la visita de aquel muchacho, de nombre Rafael Ballestas Morales, era preparar a Carlitos para los exámenes finales de matemáticas y otras materias en las cuales se hallaba un poco atrasado. También aprovechaba la visita para iniciar las clases de inglés a mi tía Alicia Bossa Navarro.

Así las cosas, al llegar a casa de mi abuela, situada al lado de Villa Raquel, y frente al laguito de Marbella, nos presentaron en la terraza, y desde aquel momento comenzamos una gran amistad con aquel joven, desgarbado y flaco, pero con ínfulas de científico. Desde aquel instante esa amistad se extendió en forma inquebrantable a todo lo largo de nuestras vidas.

Primero lo llamábamos “Rafa”, y después “Rafita”. Así, desde aquella época en 1954, Rafita ingresó a nuestro “bonche” cabrerano. Lo presentamos a los maestros de la música Adolfo y Rosario Pareja Jiménez, y él comenzó a asistir a nuestras bohemias, animadas por estos dos personajes y otros amigos y amigas cabreranas.

Así las cosas, desde aquel día Rafita fue un miembro más de nuestro grupo.

Sin embargo, pasaron los años y todos escogimos la carrera de nuestra predilección, que indudablemente era Derecho.

En 1957 yo me matriculé en la Universidad de Cartagena, lo mismo Carlitos. Pero Rafita viajó a Bogotá para estudiar en la Universidad Libre, y así lo hizo desde 1956. Sin embargo, al caer la dictadura de Rojas Pinilla Rafita nos convenció a Carlitos y a mí para que viajáramos a Bogotá, yo lo hice en 1958. Después de matricularme en tercer año de Derecho en la Libre, me fui a vivir a casa de Rafita, y allí, en la calle 12

No. 2-91 se acrecentó aquella amistad que hoy cumple 59 años de existencia, sin sombras y sin interrupción alguna.

Exactamente en aquella dirección, en pleno corazón de Bogotá, se hallaba situado aquel, nuestro micromundo cartagenero de antaño. Aquella residencia se convirtió en la colonia de muchos estudiantes cartageneros, por ejemplo, Juvenal Baena Pianeta, mi compañero de cuarto, un estudiante de medicina en la Javeriana, quien tenía la recia e inquebrantable voluntad de hacer la siesta en medio de la habladuría de los demás, cubriéndose siempre los ojos con un pañuelito blanco. Y Eduardito Bossa Badel, quien almorzaba en la pensión de doña Carmen, y, quien, además, tenía la extraña virtud de hacer la siesta sin arrugar en lo más mínimo sus pantalones, refería al mismo tiempo los misteriosos cuentos del Conde Drácula y de sus hijos Draculito, Drajopa y de su nieto Drajopito.

Recuerdo aquella casa colonial, fría como las tumbas, oscura y con crujideras en sus pisos de madera, los cuales formaban un extraño ritmo al paso suave y tímido del Maestro Raúl Saladén, compositor y autor de “Quiero Amanecer”, y de “Librada”, dos porros famosos de antaño. El inmueble era de tres alcobas, todas en línea y con una puerta que daba acceso a un helado corredor. A mano izquierda, entrando, estaba la sala de regular tamaño adornada por unos muebles de madera hueca color caoba, y forrados en cueros del mismo color, los cuales servían de tambor en las noches de bohemia estudiantil.

De todos los personajes cartageneros que allí llegaban, jamás olvidaré a Raúl Saladén, un compositor que gozaba tarareando sus canciones, acompañándose él mismo con un improvisado tambor de mesa. Yo marcaba el ritmo de fondo en los muebles, los cuales sonaban igual a una timba hembra, y Eduardito Bossa, como si fuera un trompetista, agarraba una peinilla con un pedazo de papel celofán, y entonaba la melodía de “Quiero Amanecer”, el porro cumbre de Raúl Saladén.

Pero lo último fue que Racho Saladén nos compuso un porro que ninguna casa disquera quiso grabar: Así decía la letra:

En Bogotá conocí unos amigos/

Que tienen fama de ser muy divertidos/

Rafael Ballestas, Luis Armando Velasco/

El Curro Angulo y Carlos Facio Lince/

Coro: Bailen muchachas que ahí vienen/

Los abogados: a bailar en la fiesta/ vienen con/

Sus honorarios a gastá en la fiesta.

De los cuatro abogados antes mencionados ya dos se nos adelantaron en el inevitable viaje hacia lo desconocido: Luis Armando Velasco y Carlos Facio Lince Bossa, lo mismo que Racho Saladén, quien también hoy se encuentra en el lugar del no retorno.

EN LA FOTO: MARCIAL NORIEGA, EL CURRO ANGULO BOSSA, AUTOR DE ESTAS AÑORANZAS, Y RAFITA BALLESTAS MORALES.

Eran los días felices de la linda y fría Bogotá. No existían los trancones de hoy, y puede decirse que era una ciudad muy fría pero al mismo tiempo caliente. No existía tanta delincuencia, y las hermosas cachaquitas eran complacientes y cariñosas con nosotros, pues les encantaba el baile y la innata alegría costeña.



Esta foto callejera, fue tomada un sábado en la tarde, cuando Marcial Noriega, el suegro de mi hermano, Rafita Ballestas y yo, nos aprestábamos para una parrandita con las meseritas del “Café Bogotá”. A pesar de su edad, a Marcial le gustaba vivir con la juventud, ya que era el padre de Armandito, mi gran amigo de toda la vida. Rafita, con su gabardina, luce flaco y desgarbado, pero listo para una aventura amorosa pues en aquellos días en su vida no existía Hortensia, su futura esposa, quien aún se hallaba en la Costa Caribe terminando su primaria. Recuerdo que aquel lejano día, estuvimos en el Café Bogotá, situado en la carrera Séptima, muy

cerca del Capitolio Nacional. Como de costumbre, aquella tarde sabatina llenamos varias canastas de cervezas, pues en aquella época las cervezas se tomaban al clima de Bogotá, ya que en los bares no existían las neveras. A mí me tocó una linda chatica, a Rafita una hermosa meserita de Usme, y al viejo Marcial una cachaca jamona.

ANTONIO CABALLERO CABARCAS

UN MARXISTA LIBERAL

Como ironía del destino, sus padrinos fueron Doña Soledad Román de Núñez y don Enrique Luis Román, dos exponentes de la más rancia estirpe conservadora de Cartagena.

La razón de aquel bautizo tiene su origen en que su padre Don Antonio María Caballero, era liberal Nuñista de tiempo completo, y siempre estuvo bajo la protección de El Pensador de El Cabrero.

Por extraña coincidencia, el acto se cumplió el día siete de noviembre de 1907 en la Ermita de El Cabrero, es decir sin que nadie presintiera que diez años más tarde, en el mes de octubre del calendario Juliano que regía en Rusia, ese mismo día el ejército bolchevique se tomaría el Palacio de Invierno, implantando así la primera dictadura comunista del mundo.

No pasó por la mente de los padrinos ni por la del Cura, que aquel niño sería durante toda su vida, el más infatigable defensor de los derechos del proletariado de Cartagena. Si así hubiese ocurrido, de seguro que el acto hubiese sido suspendido por el Cura bajo algún pretexto.

Vivió en la calle Real de El Cabrero durante sesenta años, lo mismo que el doctor Castell, pero a diferencia de este último que era conservador, le coqueteó siempre al comunismo. Parece que el destino quisiera haberle jugado una partida: pues para dar alimentación a su espíritu dialéctico, en una casa vecina se mudó el doctor Luis Felipe Angulo, líder Conservador con Biblia debajo del brazo.

Muy joven terminó sus estudios de derecho y se inició en la política activa, en el movimiento que dirigían Simón Bossa, Miguel Gómez Fernández, Simón Bossa Navarro y Aníbal Badel.

En 1932 es elegido Representante a la Cámara, pero como en aquella época los votos del Sur venían en chalupa, las papeletas fueron cambiadas antes de que llegaran a Calamar, y así perdió su Curul por mínima diferencia.

Atraído por la ideología revolucionaria, marchó a Rusia con el objeto de abreviar en las canteras del marxismo. Pero regresó al cabo de dos años y se dedicó de lleno al combate en las toldas de su antiguo partido liberal.

Siguiendo las pautas de la Revolución Permanente de Trotsky, su vida estuvo en permanente revolución, sin embargo, nadie podría señalarlo como subversivo. Nunca disparó un fusil contra la burguesía, ni lanzó piedras contra los almacenes; jamás tiró una bomba Molotov, ni secuestró a un acaudalado comerciante en busca de un rescate.

Su revolución fue pacífica y más que todo ideológica. La estructura de sus discursos en el foro siempre fue dialéctica, con la esencia de la lucha de clases. Sin embargo, Caballero Cabarcas fue un gran liberal que logró mezclar el comunismo con el liberalismo colombiano.

De paso firme y seguro, hasta hace pocos años usaba carramplones en los tacones de sus zapatos, los cuales hacía resonar fuertemente. En cierta oportunidad al ver que usaba zapatos de goma, me atreví a preguntarle:

“Dr. Caballero, y ¿qué pasó con sus carramplones? De inmediato me contestó con una sonrisa “...Es imposible usarlos, mijo, con el Estatuto de Seguridad los revolucionarios debemos pisar suavemente...” Eran los tiempos del Estatuto de Seguridad aprobado en 1980.

A los 76 años aún litigaba constantemente. Por las calles era común verlo en actitud de combate, seguido de un grupo de morenos y algunos descamisados en busca de justicia. Su vida siempre estuvo guiada por la probidad, y por su afán de servir a las clases necesitadas.

Con la crónica anterior quise hacerle un homenaje bien merecido, del cual estuvieron en mora los sindicatos y marginados y proletarios de Cartagena.

A pesar de su ideología de corte marxista-leninista, Antonio Caballero Cabarcas nunca dejó de ser miembro del partido liberal colombiano, y en el aspecto humano, Caballero Cabarcas estuvo acompañado de Calixta Pacheco, el amor de su vida.

TIBURONES EN LAS PLAYAS DE MARBELLA

KID BURURÚ

En aquel invierno, las aguas de Marbella permanecían quietas y cristalinas como las de una piscina.

Nada hacía presagiar que aquella monotonía cabrerana sería estremecida por una horrible carnicería humana, muy similar la que presenciaban los romanos en el Circo, cuando los leones, en desigual combate, devoraban a los inermes prisioneros.

Antes de la carnicería, el único espectáculo capaz de interrumpir el prolongado aburrimiento, era Tomás Padilla, un fornido y espigado nadador de ébano, a quien los cabreranos apodábamos: “El tiburón de Marbella”.

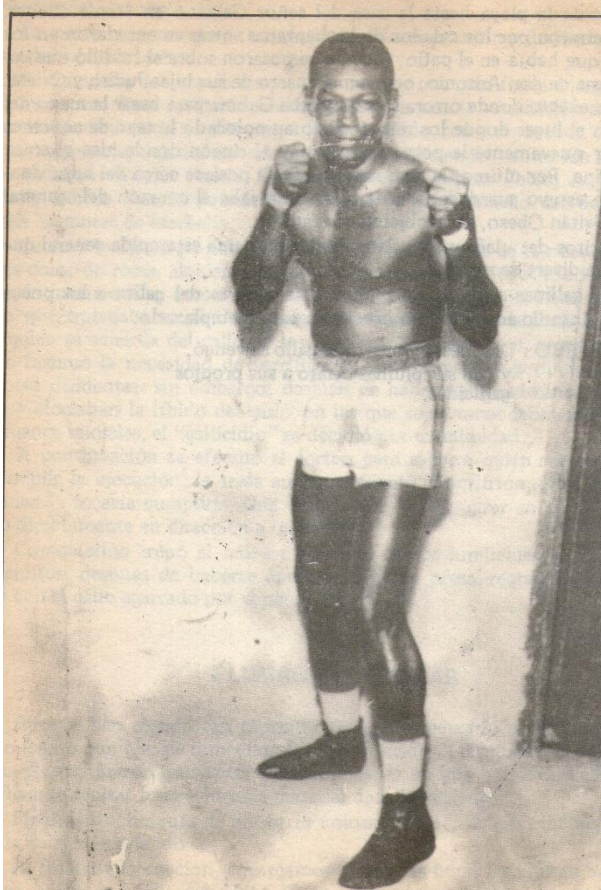
Tal vez entusiasmado por Melanio Porto Ariza, un joven cronista deportivo que iniciaba en esa época su larga búsqueda de un campeón mundial de boxeo, el Tiburón de Marbella hacía guantes en la playa sobre su propia sombra y practicaba con boxeadores de “medio pelo”.

En resumidas cuentas, era un espectáculo para las turistas, ya que ellas se extasiaban con sus atributos físicos peleándose para que las enseñara a nadar. No contento con su fama de nadador, el Tiburón decidió convertirse en boxeador profesional. Nadie sabe, quizá ni él mismo, de donde sacó el extraño nombre de Kid Bururú. Lo cierto, sin dudas, es que así se hacía llamar en sus combates oficiales.

Los empresarios lo llevaron a la fama programándole encuentros con boxeadores novatos, a los cuales derrotaba cómodamente. Pero su día le llegó: le programaron un combate con “Kid Dinamita Punch”, un recio pegador que tenía la virtud de noquear a todos sus contendores.

EL COMBATE

60 Añoranzas de El Cabrero



Es de noche y el Circo Teatro ya está de bote en bote. El público espera ansiosamente la pelea de fondo, y por lo tanto un profundo silencio se

apodera del coso Sandiegano. Entretanto, el anunciador, padre del famoso “Mochila Herrera”, sin micrófono alguno y con su voz estentórea, presenta a

los contendores: ¡En esta esquina tenemos a Kid Dinamita Punch, de 160 libras! ; y en esta otra, tenemos a Kid Bururú, el negro más bonito del mundo!

Ambos boxeadores se miran fijamente en el centro del cuadrilátero. Kid Bururú realiza toda clase de

elegantes piruetas; brinca constantemente sobre la punta de sus botas negras, las cuales hacen extraordinario contraste con el blanco de sus medias, el blanco brillante de su pantaloneta y el rojo de sus guantes. En cambio, Kid Dinamitas Punch es algo desgarbado, sin estilo boxístico. Dinamita persigue al Tiburón por todo el ring, arrastrando pesadamente sus pies sin despegarlos casi de la lona.

Así transcurre el combate durante los tres primeros rounds. Mientras tanto, en medio del bullicio, se escucha una voz chillona, aguda y aflautada, como de clarinete que a la vez grita: “¡Pégale en la cocina Tiburón, dale duro a la cocina, negro lindo...! Es tunda, un marica enamorado quien se encuentra entre los espectadores. Para él la cocina es el estomago o la barriga de Dinamita Punch.

Finalmente, al iniciarse el cuarto round, Dinamita coloca un poderoso recto a la mandíbula de Bururú, otro gancho al hígado que lo hace estremecer de pies a cabeza. ¡Tiburón se tambalea! Y es llevado contra las cuerdas, y allí

Dinamita coloca una seguidilla de golpes: es una lluvia de porrazos de diferentes estilos. El protector de Bururú sale disparado por los aires, y va a parar a manos de Tunda, el marica enamorado, quien lo guarda como recuerdo de la última noche de su héroe de ébano.

Kid Bururú ha caído pesadamente a la lona, todos comprendemos que ha llegado su final. Se acabó Bururú, “el negro más bonito del mundo”, el “gran putas”. Estropeado se incorpora apoyándose en las cuerdas. Allí, sobre la amarillenta y sucia lona, ha quedado la mancha de un extraño tricolor: negro, blanco y rojo. Rojo encendido e irritante.

TIBURONES VERDADEROS

Al primero que vi caer bajo sus feroces dentelladas, fue a un CACHAQUITO recién desempacado del avión. Era un día cualquiera de Semana Santa de 1950, el cielo estaba nublado y caía una llovizna pertinaz sobre Marbella.

En la playa, un grupo de muchachos cabreranos jugábamos bolita de caucho, cuando de repente, trajeado de paño negro, lo vimos bajarse del automóvil y penetrar rápidamente en el Hotel Kalamarí. Había llegado a Cartagena en compañía de sus padres y hermanos para disfrutar de merecidas vacaciones. Jamás había visto el mar; y por ello se registró de prisa en la recepción, y muy pronto salió en vestido de baño para lanzarse al agua, la cual reflejaba sospechosa quietud con futuro olor a muerte.

Morán, un espigado y fornido nadador que Achicaba allí su bote, y Tomás Padilla, quien después de la derrota boxística había regresado a su oficio de Salvavidas, le advirtieron del peligro de bañarse cuando llueve. Le explicaron que, aun sabiendo nadar, es arriesgado bañarse en aguas profundas, sin embargo, haciendo caso omiso de aquellos sabios consejos, se internó en el mar hasta la cintura, creyendo que se hallaba en la sucursal del cielo o en el paraíso terrenal. No lo vimos más: el escualo lo haló de un solo tirón y se lo comió de tres o cuatro mordiscos. Impotentes presenciábamos aquel espectáculo dietético.

Su cuerpo era zarandeado como un muñeco de trapo, igual que los gatos al aprisionar con sus colmillos a un indefenso ratón.

Morán, el negro pescador, abriendo su enorme boca, gritó: ¡mierda!, ¡mierda! ¡Se lo comió la zarda! Inmediatamente los dos hombres suben al bote y penetran al mar en defensa del cachaquito. En desigual lucha, la cual se libra desde terrenos y ángulos diferentes, los fornidos negros, armados de sendos canaletes, golpean varias veces el agua para espantar al hambriento animal.

Después de mucho insistir, finalmente logran arrancar de sus mandíbulas de acero, los restos del frustrado turista.

Lo que mis ojos vieron jamás podré olvidarlo: parecía un muñeco de cera, con sus ojos fijos, mirando al cielo infinito; me daba la impresión de estar preguntándole a Dios por la causa de su muerte. Se fue sin despedirse, sin saber por qué.

A los restos le faltaban ambas piernas y un brazo. No tenía vísceras, por ello supongo que al monstruo le fascinaba el colesterol. El hedor a sangre y a sarna era insoportable. Ese día no pude almorzar ni comer: todo olía a sangre, no pensaba sino en sangre y sarna...es una carnicería, una pesadilla que jamás podré olvidar.

UN MARIHUANERO SIN NOMBRE

El segundo en ser devorado por el tiburón, era un marihuanero sin nombre que había cruzado el puente de Torices con la intención de tomar un baño dominical. Sabía perfectamente que las autoridades habían prohibido el baño de mar. Sin embargo, como estaba bajo los efectos de la droga, anunció a voz en cuello que lucharía como Tarzán y se lanzó al mar.

Al nadar unos cuantos metros, su cuerpo se hundió bruscamente y el agua se tiñó de rojo. Así todos supimos que se lo habían manducado. Su cuerpo fue empujado por las olas hasta la playa: no tenía muslos ni piernas, estaba en los puros huesos, era un mismísimo esqueleto. Su color, mezcla de zambo y mestizo, denotaba ausencia total de sangre, estaba pálido como la muerte.

En aquel instante se hizo presente una radiopatrulla, repleta de policías armados hasta los dientes, quienes dispararon hacia las olas manchadas de la

sangre del marihuanero sin nombre. El ruido de los disparos y el silbido de las balas, hicieron dispersar un cardumen de hambrientos tollos, hartos de la sangre de aquel pobre marihuanero. Los tollos pueden compararse con las pirañas que abundan en algunos ríos.

EL BAÑISTA BISOJO

Un silencio sepulcral nos hizo presentir que la masacre seguiría. Jamás podré olvidar su físico: era un muchacho delgado, blanco bizco y epiléptico, de cabellos rubios, cortos y duros. Seguramente, hastiado de la vida se ofreció de plato de sobremesa y se lanzó al mar en traje de Adán. Desde la playa veíamos claramente varios espolones girando a su alrededor, se le acercaban y luego se alejaban, parecía como si algo les repeliera. ¡A esta presa si la despreciaron los tiburones!

Los curiosos gritaban desesperadamente temiendo un nuevo desenlace fatal. Unos pescadores lo recogieron en un bote y lo trajeron a la orilla del malecón: no tenía un solo rasguño, nunca podré entender por qué lo despreciaron. Tal vez sus carnes magras no eran apetecibles, o quizá los escualos se asustaron con su mirada estrábica.

A raíz de lo anterior, los pescadores se reunieron en casa de los Corpas con el fin de revisar el código de la experiencia. Allí dieron por revaluados algunos principios, por ejemplo aquella creencia de que la carne de los afrodescendientes era la única que no comían los tiburones, quedó derogada tácitamente.

Con base en aquella falsa teoría, los antiguos pescadores recomendaban a sus hijos no bañarse en el mar sin zapatos y sin guantes. Con ello se podría evitar que los tiburones quedaran deslumbrados por el blanco amarillento de la palma de las manos y de la planta de los pies. Desde aquel día resolvieron que en el futuro sería más seguro, bañarse con careta de bizco y con una peluca rubia de pelo quieto.

Los tiburones cabreranos parecían seres pensantes, pues en cierta oportunidad un equipo de expertos, dirigidos por Mr. Tollo, instaló unas boyas a las cuales amarraban cadáveres de perros, gatos y de toda clase de animales. Los tiburones no se acercaban para evitar caer en el anzuelo., pero como los expertos resolvieron cambiar algunas carnadas, al desengancharlas y tirarlas al mismo mar, los escualos las devoraban a grandes dentelladas. No hay dudas, los tiburones cabreranos eran más sabios que los mismos expertos.

UN TRISTE FINAL

Después de aquella carnicería, el turismo desapareció de Cartagena como por arte de magia. El país entero temía a los escualos.

Los expertos sostenían que la invasión se había producido por causa de los primeros experimentos atómicos; consideraban que los tiburones arribaron a nuestras playas huyendo de la conflagración atómica. Sin embargo, unos tres años después, las autoridades y los pocos hoteles que en aquellos días existían, trataron de recuperar el mercado turístico.

Las agencias de viajes promocionaron por todo el país al famoso Tiburón de Marbella. Lo mostraban como el hombre capaz de salvar a cualquier bañista, y de enseñar a nadar a jóvenes y viejas. En fin, lo mostraban como un Charles Atlas negro. De otra parte, las autoridades, de acuerdo con los hoteleros, idearon ingeniosas tretas: en varias playas de la ciudad, cerraron espacios con mallas metálicas que penetraban al mar. Querían hacer creer a los turistas que se trataba de seguras piscinas de agua salada.

Aunque han pasado más de 55 años, El Tiburón de Marbella aún conserva algo de la maravillosa estampa de otrora; sin embargo, Kid Bururú ya no es el “negro más bonito del mundo”, es un viejo septuagenario ya desdentado.

Realmente, no añoro estos acontecimientos. Al contrario, se me hiela la sangre cuando pienso que a los quince años pude haber terminado en las fauces de un tiburón, o defecado en el fondo del mar.

Hoy, a pesar del tiempo, siento que aún existe en mí una insaciable sed de venganza contra esos seres del demonio, y para tratar de saciarla, cada vez que voy a un restaurante chino, **¡pido de entrada sopas de aleta de tiburón!**

RAMÓN AYOS, EL “AMIGO”, EL “MONO”.

La casa de Ramón Ajos era de madera pintada de azul y blanco. Frecuentemente era visitada por los parroquianos de todas las clases sociales de El Cabrero. En la calle Real, en el sector de los pescadores, allí tenía una tienda y a la vez un estanco de aguardiente.

El mostrador de la tienda era adornado por una serie de frascos bocones, en los cuales almacenaba bolitas de tamarindo, arranca muelas, besitos, pirulís, “jartapobres”, y toda clase de golosinas. Sobre sus bordes se hallaban expuestas, en rigurosa hilera, todas las monedas falsas que los compradores le habían entregado en las noches oscuras. Decía que las coleccionaba para probar la historia del delito en El Cabrero, según él, un barrio inescrupuloso.

Al fondo, en los armarios, almacenaba mercancías y licores. En aquella época la Industria Licorera de Bolívar fabricaba el famoso Ron Bolívar, cuya botella estaba recubierta con la imagen de Simón Bolívar. Recuerdo que aquella imagen de Bolívar hallaba de pies y con su espada en la mano derecha. Por ello el pueblo lo bautizó con el sobrenombre de “Bolívar Parao”.

El Amigo también vendía Ron Popular, al que los parroquianos bautizaron con el apodo de “Gordo Lobo”, debido a que su color era similar al de la ginebra inglesa, que tenía una leyenda en la etiqueta que decía: “Gordon London”

Como un radio transistor, Ramón Ayos, o el “Mono”, como muchos lo llamaban, hablaba todo el día sin descansar. Ese era su gran defecto, para muchos una virtud del caribeño: “...soy como un general, decía a voz en cuello, “me encuentro a todas horas detrás de mi trinchera”, y señalaba el mostrador de su tienda con el dedo índice de su mano derecha. Creía pontificar sobre las cosas del diario acontecer: “... Soy negro y de cabellos duros, pero mis ojos son verdes, muchos dicen que hubo un pirata inglés dentro de mis antepasados, quien se quedó en Cartagena en el ataque de Vernon.”

Yo quedaba boquiabierto de oír tanta palabrería en busca de mejores ventas, ya fuera en abarrotos o en licores. Pero así era el amigo, el bullanguero, un cabrerano sin igual y exponente de nuestra raza cósmica.

UNA NOCHE DE BOHEMIA CON EL MONO AYOS

GUIDO CALVO GLAESER, EL RUBIO BORRACHÍN

Era de noche, y donde el “Mono” Ayos estaba libando copas un numeroso grupo de parroquianos. Allí también se hallaba Guido Calvo Glaeser, un joven estudiante de bachillerato, que recientemente había regresado de Bogotá.

Con sus grandes ojos azules, de rubia cabellera y su rostro colorado como un tomate, parecía un artista gringo escapado de las pantallas del Circo Teatro. Como estaba recién llegado de Bogotá, deseaba que todo el barrio lo supiera; y en efecto, durante un mes estuvo usando, a todas horas el vestido de paño azul que traía puesto el día en que se bajó del Douglas DC- 3.

Era un vestido de larga chaqueta, que le llegaba a las rodillas, como la que usaba en las películas Kiko Mendive, un guarachero cubano. La gente en el barrio decía que no se quitaba el vestido ni para ir al baño.

Los muchachos le gritaban: ¡Pó Venado!, como diciéndole que el vestido era ajeno, o de un muerto. En todo caso, como siempre andaba borracho, no paraba bolas a esas expresiones burlonas de la muchachada.

En cierta oportunidad, Guido se encontraba en compañía de Rafael Pareja Jiménez, y de Jaime, mi hermano mayor, quien a la sazón apenas estudiaba derecho en la Universidad de Cartagena. El grupo inició su recorrido como a las diez de la noche. Al llegar a la tienda de El Amigo, se detuvieron un buen rato con el objeto de tomarse algunas copas. Y, finalmente, seguidos de varios muchachos siguieron su rumbo hacia el parque Apolo, y allí se sentaron en el pedestal de la estatua de Rafael Núñez, quien, como es sabido, en cierta época se dedicaba a filosofar en aquel lugar.

A continuación se dirigieron a darle serenata a la novia de uno de ellos, la cual residía cerca del parque. En el trayecto entonaron boleros de la época, entre otros, el denominado “Vidas Paralelas”.

Al llegar a la terraza de la presunta enamorada, cantaron en coro sin acompañamiento alguno y en forma disonante. Muy pronto se escuchó el madrazo que les espetó el padre de la joven, y dicen las malas lenguas que también les lanzó un balde de orín ya fermentado porque era del día anterior.

De regreso a Marbella, sin dinero y sin ron, Guido Calvo se arrodilló en mitad de la carretera, y alzando los brazos elevó la siguiente plegaria al Supremo Creador: “... ¡Dios Mío!, así como le permites al hombre que pueda construir acueductos y oleoductos, por qué no le permites construir un RONDUCTO?

¡Si mi petición se hiciera realidad, en nuestras casas tendríamos la facilidad de instalar grifos para poder servirnos un trago de ron cada vez que uno quisiera...!

Han pasado más de cincuenta años y aquellos tres amigos, como la letra del bolero, siguieron vidas paralelas: Jaime escogió la política, Rafael una larga carrera judicial y Guido, una prolongada y extenuante carrera bohemia que lo mandó finalmente a la tumba.

DOMINGO COGOLLO

A “Mingo” lo conocí hace más de sesenta años: residía en el sector humilde de la calle Real de El Cabrero, y a pesar de ello, su casa era amplia, de concreto y de fresca terraza. La puerta de la calle estaba situada en medio de dos grandes ventanales que colindaban con el piso de la terraza.

Domingo era un hombre polifacético: en las mañanas, vestido con traje de algodón de color carmelita, muy parecido al que usaban los generales rebeldes de la guerra de los mil días, y con alpargatas de lona, salía de su casa muy temprano para vender lotería. Y los domingos, para variar un poco su actividad laboral, instalaba en la terraza de su casa una venta de “Raspado”.

Mientras estaba dedicado a esta última empresa, usaba una franela de mangas largas, de las llamadas “amansa locos”, y afirmaba, con solemne seriedad, que las usaba debido a que nunca había visto a un vendedor de raspado luciendo una chaqueta.

De baja estatura, moreno acanelado y de finas facciones, lucía unos poblados bigotes, los cuales peinaba y engomaba meticulosamente. Su recorrido cotidiano lo iniciaba desde su casa hasta el Portal de los Dulces, y allí se acomodaba en un asiento recostado a la pared para pregonar la venta de falsas ilusiones a los compradores de lotería.

Sus principales pregones eran: “... ¡Compre lotería de Bolívar, la que hace ricos a los pobres, y a los ricos más ricos! “

Frente a la casa de Mingo habitaban los Corpas, los pescadores más antiguos de El Cabrero. La de ellos era de madera y colocada al revés; es decir, el patio frente a la calle Real, y la construcción en el fondo del lote. Allí los vecinos organizaban grandes partidas de dominó. Recuerdo que las fichas que ellos utilizaban eran de vértebras de sábalos. Pero además, lo singular en Mingo fue que sin haber sido académico de la lengua, inventó un vocablo que hizo carrera en el barrio: ¡BUCHANTÁ!

Jamás pude encontrarlo en diccionario alguno, y después de la muerte de Mingo no volví a escucharlo, sólo a Guido Benedetti, quien pasaba recordando los episodios de nuestro barrio.

En la realidad, el término se refería a un raspado especial, más caro que el raspado común y corriente. Mingo elaboraba una chicha espesa y la almacenaba en un frasco bocón de tamaño gigante. La buchantá era dulce como el almíbar, y así, a quien le pedía buchantá, a cambio de más dinero, le agregaba tres o cuatro cucharadas de aquella chicha espesa.

Mingo gritaba a voz en cuello: “¡vengan muchachos, vengan que aquí está la buchantá!” Y con la intención de hacer más teatral su propaganda,, colocaba un gallo en cada ventana, ambos amarrados con sendas cuerdas de sus patas a los barrotes, estos últimos ya casi carcomidos por el oxido.

Los muchachos, embelesados con aquellos pregones, hacíamos largas colas para adquirir el agua milagrosa. Pensábamos en nuestra fortaleza física, y hasta nos sentíamos futuros boxeadores o beisbolistas famosos.

LOS GALLOS DE LOS CORPAS

El Guallito tuvo la idea de competir con Mingo, su vecino respecto de la fortaleza de aquellos gallos que Mingo decía que eran de origen cubano. Y, en cierta oportunidad, para dar gusto al Guallito Corpas, sus padres resolvieron obsequiarle dos gallos finos de las cuerdas de La Quinta. Se trataba de dos aves veteranas y bien entrenadas, capaces de derrotar a los gallos de Mingo.

Un domingo en la mañana, cuando Mingoregonaba desafortadamente la venta de Buchantá, el Guallito lo desafió públicamente.

A nuestro personaje no le quedó más remedio que aceptar el reto. La riña se programó para el término de quince días contados a partir de aquella fecha.

LA RIÑA

Siendo las once del día, los espectadores han llenado el patio de la familia Corpas, y formado un gran ruedo para presenciar el histórico combate. Mientras tanto, Mingo baña a sus gallos con continuos bucheros de Buchantá.

Después de ser calzados con puntiagudas espuelas, el Jabao de Mingo y el Giro de los Corpas son lanzados a la arena.

Ambos contendores se miran fijamente, picoteándose fuertemente, y en lance simultáneo, se levantan y caen pesadamente. De nuevo se alzan, y al desplomarse, el de Mingo muestra un golpe de espanto en su cresta que le provoca mareo, y sale huyendo por todo el patio sin dirección alguna.

La algarabía le hace volver en sí. Entonces haciendo gran esfuerzo, logra conectar un golpe de zancajo que ocasiona hemorragia al enemigo.

Sintiéndose mal herido, y sin demostrar que tiene culillo, el Giro regresa al combate para conectar un golpe de “cinco chorros” a su oponente, y éste, perdiendo el sentido cae a la lona.

A pesar de su fiereza, el de Mingo recibe un golpe de cielo que le impide cerrar el pico, y huye en busca de auxilio; sin embargo, el otro no se detiene y lo persigue hasta que logra derribarlo. Sin embargo, el gallo de Mingo regresa al ataque: es algo impresionante, y sin que nadie pueda ayudarlo, el gallo del Guallito mete certera puñalada al “almizcle o huevito del primero. Ha llegado el final, lo golpearon en sus partes nobles, en el aparato reproductor. Cae desgonzado y nunca más se incorporará.

De nuevo los gallos son calzados para un nuevo combate: ahora el turno es para el camagüeyano del Guallito Corpas, y para el Giro de Mingo.

Después de mutuo y detenido estudio, el giro conecta a su contendor una profunda puñalada a la altura del muslo derecho que lo hace tambalear y caer a la arena. Sin embargo, el de Corpas se incorpora y vuelve a la carga con un golpe al ojo derecho sin atravesarlo. Y luego conecta otro lance certero a la pata derecha que lo hace bañarse en sangre, produciéndole un leve temblor que logra superar. Otro golpe “buchisangre” hace caer nuevamente al gallo de Mingo.

Ahora, sin fortaleza, con canillera, tuerto y manando sangre por el lado derecho del buche, el giro de Mingo siente que se eleva a los confines de su existencia. Bajo profundos mareos se sostiene horizontalmente en el aire con el pico hacia el cielo y moviendo lenta y pesadamente sus alas. De repente recibe otro golpe en el pescuezo que le provoca morcillera y se desploma pesadamente al suelo.

Ha sido el fin de una riña desigual, el retorno a una realidad sin existencia. El gallo Giro de Mingo no vuelve a pararse. Es el final de una riña desigualmente casada. ¡Se acabó la buchantá de Mingo Cogollo!

EL “GUALLITO” CORPAS

Fernando Corpas, a quien apodaban el “Guallito”, el Benjamín de la familia, era el chico “MALO” del barrio de El Cabrero. Jugaba de receptor y de cuarto bate en el equipo de los pescadores del barrio. En cierta oportunidad, jugando un partido de béisbol contra el equipo de San Diego en el campo de la Ermita, de un fuerte batazo de “home run” partió la bola en dos. Y en un encuentro amistoso entre dos novenas del barrio, cortó a Iván Chalela, quien jugaba de cátcher. Lo hirió, según dicen, con sus filosos callos, pues siempre jugaba descalzo. Por sus amenazas, golpes e improperios, nadie se atrevía a deslizarse en home, ya que el corredor, completamente bloqueado, terminaba golpeado en la jugada.

En fin, el Guallito Corpas era la amenaza viviente del barrio. En una oportunidad yo sufrí de su dictadura, pues por haber golpeado al “Pílele”, me obligó a cruzarme a nado el laguito de El Cabrero frente al Club Náutico.

A Carlitos Facio Lince le prohibió salir de su casa por no haberle prestado su escopeta de balín, y a Guido Benedetti, el “Tim Mácoy de Marbella, no le permitió volver a pelear sus gallos durante el término de dos meses, pues se había negado a regalarse cinco centavos.

Pero los años pasaron y el Guallito logró cambiar su existencia: después que su familia vendió el terreno y la casa donde residían, se mudó para Canapote y allí montó un negocio de mercado en Santa Rita. Tuvo su familia y logró subsistir decorosamente.

JOSE MIGUEL CORPAS (EL CABEZÓN)

Pero el más importante de la familia Corpas, en aquella época fue el gran José Miguel Corpas, “El Cabezón” un jugador profesional de béisbol, que fue importante en nuestro naciente béisbol. Era un hombre recio y de imponente figura. El comenzó viviendo en el Cabrero, pero con el tiempo se mudó al barrio de Torices y allí hizo un semillero de futuros beisbolistas. Si mal no recuerdo, su posición era la receptoría.

Pero el “Cabezón” le dio a Colombia un hijo que se consideró una estrella en nuestro béisbol. Ese pelotero fue José Miguel Corpas Jr.

JOSÉ MIGUEL CORPAS JR.



En la foto de la izquierda, podemos ver a José Miguel Corpas Jr., hijo de El Cabezón Corpas, aquel viejo pelotero cabrerano.

José Miguel Jr., viajó a Medellín a realizar estudios y allí se involucró en el deporte, hasta el punto de convertir a Antioquia en una poderosa escuadra en el Rey de los deportes.

Allí no sólo jugó sino que se convirtió en importante entrenador en el béisbol y en el Softball, tanto femenino como masculino.

En todo caso, la familia Corpas desempeñó un papel importante en el deporte y en la sociedad.

LA CASA DE LOS CORPAS

En la casa de los Corpas, al lado de la del Mono Aynos, en la calle Real del Cabrero, había varias canoas ancladas en el patio. Allí se jugaba dominó y Veintiuna. De las personas que asistían diariamente a las reuniones, que yo recuerde tenemos a Hernán Arenas, Eusebio Corpas, El “Piro”, El “Pílele”, y el Capi Valiente.

También allí se encontraban con mucha frecuencia Aidé Aynos, y un joven a quien le llamaban “El Curvo”, ambos hijos de Ramón Aynos. Al Curvo le llamaban así porque tenía las piernas gambadas como “Chencha”, la de la guaracha cubana, cuyo coro decía:

Ayy, camina como Chencha...

Coro: Pata gambá, camina como Chencha pata gambá

La esposa de Ramón Aynos, era una señora delgada y simpática, a quien la mayoría de la gente la llamaba por el nombre de “Gala”.



HERNANDO “EL CAPI” VALIENTE

Hernando Valiente (El Capi), es uno de los pocos cabreranos de aquella época que aún existe. A sus 87 años, El Capi es un hombre

que dirige su pequeña empresa de soldadura, lo cual con el tiempo le ha permitido hacerse a una cómoda residencia en el barrio Martínez Martelo, y educar a sus hijos, entre quienes se encuentran algunos distinguidos profesionales.

El “Capi” nunca fue Capitán ni de la policía, ni del ejército, y mucho menos de la Armada. El apodo le viene por parte de su padre, ya que éste era piloto de barcos en el río Magdalena. Según datos familiares, su padre se llamaba Feliciano Valiente Ramírez, y ejerció el cargo de piloto durante 50 años, hasta su muerte.

Don Feliciano era un liberal de capa y espada, hasta el punto de haberse alistado en las fuerzas liberales comandadas por nuestro abuelo Simón Bossa Pereira durante la guerra de los mil días, las cuales pelearon por los lados de Mahates y por todo lo que es hoy Bolívar, Sucre y Córdoba.

El “Capi” contrajo matrimonio con la señora Elida Espinosa Ortiz, hija de Nicanor Espinosa, quien desempeñó la Dirección de Tránsito en 1948, época en la que mataron a Jorge Eliecer Gaitán.

El Capi Valiente tuvo 7 hijos, cuyos nombres son los siguientes: Hernando Rafael, estudió Técnica Industrial. Myriam: Licenciada en Sociales, Gustavo, Abogado, quien actualmente desempeña un cargo en la Alcaldía de Cartagena. Guillermo, bachiller y trabaja en asuntos de aduanas; Jaime, estudió Ingeniería Química; Javier, Químico Farmaceuta, y Haroldo, Operador de Carga.

La familia de El Capi vivía en la calle Real de El Cabrero, y era vecina de la señora Gabina Vásquez, aquella viejita que visitaba por las tardes a mi abuelo en su casa de Marbella, y besaba la mano del retrato de mi tío. También eran vecinos del famoso Chenchó Frías, el mejor pastelero de toda Cartagena.

En todo caso, Hernando Valiente es un cabrerano de la vieja guardia, quien hoy reside en su propia casa situada en el barrio Martínez Martelo. Siempre ha vivido de su pequeña empresa, dedicada a la elaboración y soldadura de mallas metálicas, las cuales se colocan en las terrazas de las residencias. Además, fabrica todo lo relacionado con el hierro y otros metales.

De todos sus hijos a quien más conozco es a Gustavo, mi colega.

EL GALLO DE DON ANTONIO

Jamás habíamos visto un gallo como el de don Antonio. Era un solo gallo para seis gallinas. Desde la madrugada iniciaba su alegre canto, esperanzado en sus aventuras amorosas del día.

Era alicorto y de plumas negras, de grueso cuerpo y de largas patas con espuelas arqueadas, puntiagudas y amarillentas. Su cabeza la tenía adornada por una cresta doble y rizada, de color rojo azuloso. Era la clásica estampa de un gallo altivo y enamorado. Si Gabito lo hubiese visto, lo sacrificaría para preparar su famosa sopa de cresta de gallo que da vigor y energía a quienes sufren de impotencia.

El apetito sexual de aquel hermoso gallo era de carácter permanente, y se distraía cuidando las gallinas como el Emir de su harem. Nadie podía acercarse a sus gallinas, sin embargo cuando alguien osaba hacerlo, levantaba amenazante la cabeza para proteger a sus seis amores cautivos.

Todo el día permanecía picoteando gusanillos y maíz. Cada tres minutos se divertía alegremente, girando alrededor de su gallina de turno para realizar, en un segundo su corto e intermitente acto sexual.

EL SANCOCHITO DE JULIO

Don Ricardo Mendoza vivía con toda su familia en la casona del abuelo. Por aquellos días mi abuelo ya había dejado de existir, por lo tanto, mi tía Alicia Bossa Navarro había adquirido al lado de la casona del abuelo una de dos alcobas con el propósito de arrendarla.

Para tal efecto, encargó a Julio, uno de mis hermanos mayores, de su acondicionamiento, y él, consciente de su misión y de su responsabilidad, se hizo dueño y señor del inmueble.

La casita muy pronto se convirtió en sitio de reuniones y de jaranas de los muchachos del barrio. Por lo anterior, una noche de enero organizamos allí una “gran fiesta en casa de Julio”, y él, como buen anfitrión, realizó una colecta para la adquisición de los elementos indispensables, tales como gaseosas, hielo., ron y cigarrillos.

Ciertamente, aquella no era una fiesta de abstemios, pues entre los invitados

Estaban: Adolfo Pareja, Guido y Alfredito Benedetti, Rafita Puello, Armandito Noriega, Carlos Facio, Augusto de Ávila, y por supuesto, las domésticas más hermosas de Marbella.

Cuando la fiesta había llegado a la profundidad de la noche, y todo era color de rosas, alguien bostezó para exteriorizar su apetito. Todos añorábamos un sancocho de gallina, y en el acto pensamos en las seis gallinas de don Ricardo Mendoza. Estando en esas, alguien se acordó del gallo de don Ricardo Mendoza, y sugirió secuestrarlo para sacrificarlo. Muy pronto se decidió el gallicidio por unanimidad, y a continuación se llevó a cabo un sorteo para saber a quién correspondería la suerte de apoderarse del gallo.

A continuación se realizó el sorteo para saber a quién correspondería cumplir la ejecución de la dura sentencia: la mala suerte persiguió a Julio, pues fue a él a quien tocaría cumplirla. Una botella que se hizo girar en el piso, apuntó directamente a mi hermano.

Como felino trepó el muro medianero de los dos inmuebles, y a los cinco minutos, después de apoderarse de su presa, regresó triunfante con el gallo amarrado por el pescuezo.

PLUMAS DELATORAS

Aunque han pasado más de cincuenta años, aún recuerdo nítidamente nuestro hecho punible: de inmediato fue desplumado, y terminada la operación, sus plumas fueron guardadas cuidadosamente en una bolsa. Con ello intentábamos ocultar toda evidencia material de la infracción.

Finalmente, después de adobarlo únicamente con sal, lo echamos en una olla de agua hirviendo.

Al finalizar la cocción, encargamos a Julio de botar las plumas bien lejos para borrar la huella del delito. Él, ya un poco pasado de copas, se dirigió a la playa y, sin prever lo que podría ocurrir, vació la bolsa íntegramente. La brisa de verano fue nuestro peor enemigo: las plumas iniciaron su largo recorrido desde la playa hasta la casa del señor Ricardo Mendoza en forma directa. Unas penetraron por los calados de las ventanas, otras se enredaron en los

Trupillos que había en el patio. Algunas se posaron sobre el toldillo que cubría la cama de don Ricardo; otras en el cuarto de sus hijas Judith y Orieta, en el sitio exacto donde otrora se arrodillara Gabina para besar la mano de mi abuelo. También fueron a parar en el lugar del patio donde los mineros habían colocado la tapa de concreto para sellar nuevamente la poza séptica, y finalmente en el rincón donde hice el amor por vez primera con Etelvina.

Por último, la gran mayoría de las plumas fue a posarse cerca del lugar donde un día estuvo guardada la urna que conservaba el corazón del General Ricardo Gaitán Obeso, el revolucionario radical.

A los gritos de ¡ladrones, ¡ladrones!, siguió una estampida general que finiquitó la divertida reunión.

Las seis gallinas salieron ganando con la muerte del gallo: a los pocos días, don Ricardo adquirió uno más joven para reemplazarlo.

COROLARIO: Después de muerto el gallo se vengó,

Y con sus plumas delató a sus propios gallicidas.

NOTA: Los hechos antes narrados ocurrieron en la vida real, pero hemos cambiado los nombres de los protagonistas para evitar resentimientos o reclamos. Lo cierto es que las gallinas salieron ganando, pues la muerte del gallo les convino, debido a que el nuevo gallo disponía de más fortaleza física y sexual...

RESTAURANTE “EL MAIZAL”

LAS ADIVINANZAS DEL DOCTOR TOLÍN DE LA VEGA VELEZ

El Maizal era un restaurante-bar, situado frente a la playa en una casona que antes había sido habitada por la familia Jiménez Nieto. Allí funciona actualmente un hotel de tercera categoría.

Los fines de semana se realizaban allí grandes bailes amenizados por la orquesta de Pedro Laza y sus Pelayeros, quienes, como dato curioso, jamás habían estado en San Pelayo.

Los domingos al mediodía, el maestro Joaquín Mora, un argentino afrodescendiente, quien había decidido establecer su residencia en Cartagena, interpretaba su famoso acordeón piano. Como hablaba con perfecto acento argentino, al principio la gente pensaba que era un chocoano en plan de “mamador de gallo”.

Como en aquella época era uno de los mejores sitios de Cartagena (1952), allí asistían gentes y personajes de las capas medias y altas de nuestra sociedad. Recuerdo que en una ocasión, siendo apenas un adolescente, desde la terraza presencié el juego de la Transmisión de pensamiento”, el cual había sido inventado por el doctor Antonio de la Vega Vélez (Tolín), quien valiéndose de trucos y de médiums previamente manipulados, hacía creer a los asistentes que adivinaba el pensamiento del doctor Luis A. Gómez Santoya, un abogado cabrerano quien se distinguía por su pícara sonrisa y su elegancia en el vestir. Vestía siempre de Lino blanco, y como era un gran fumador, utilizaba una boquilla plateada con la que siempre sostenía un cigarrillo de prolongada y retorcida ceniza.

También recuerdo haber visto en El Maizal al famoso Enrique Castillo Jiménez, autor de aquella frase: “¡Fiado compro hasta un piano!”

Y no faltaban los traviosos maridos como Mojarrita Vélez, quien burlándose de la estrecha vigilancia de su esposa Rina Burgos, se escapaba una que otra vez en busca de un rato de solaz esparcimiento.

En relación con las orquestas, al Maizal llegaron las mejores de América: La Sonora Matancera y sus cantantes Nelson Pinedo, Bienvenido Granda y Celia Cruz, lo mismo que Leo Marini y Albertico Beltrán. Ellos animaron un par de noches en los patios de El Maizal.

Nosotros los adolescentes, montados en la pared medianera de la casa de Julio Romero, quien vivía al lado del Maizal con su esposa Yolanda Romero, también vivimos las delicias de escuchar de cerca a la Sonora Matancera.

Recuerdo que los músicos actuaron en círculo alrededor del patio del restaurante, el único que estuvo sentado fue el pianista. Los demás actuaron de pies, incluyendo a los cantantes y al bajista.

LA QUIEBRA DEL MAIZAL

Como todos los sitios de diversión en Cartagena, el Maizal se inició como un sitio postinero para terminar finalmente “perrateado”.

Todo comenzó cuando anunciaron a Germán Valdés, el famoso Tin Tan, y en su lugar presentaron a un antioqueño de sombrero que lo imitaba casi a la perfección. Seguidamente se sucedieron una serie de estafas que desengañaron a las gentes: anunciaron a Daniel Santos, y tan sólo presentaron a Hernán Cortés, un cantante colombiano que lo imitaba.

En reemplazo de Pedro Laza y sus Pelayeros, contrataron a una papayera de Santa Rosa para animar los bailes de los sábados. En resumidas cuentas, El Maizal quedó reducido a un bailadero y desvestidero de bañistas.

Los jóvenes del barrio, aprovechando la decadencia del lugar, integramos un conjunto musical y nos apropiamos de los instrumentos en la forma siguiente: el maestro Adolfo Pareja del piano, el primo Carlitos de las maracas, Mincho de un viejo violín con el cual interpretaba románticas canciones, y el suscrito de las tumbadoras y los bongós.

Doña Marianita Jaramillo, una simpática antioqueña, a la sazón administradora del bar, aprovechaba las noches de parranda para realizar atrevidas incursiones amorosas en pos del amor de Carlitos. Ocasionalmente perseguía a Guido Benedetti Ibarra, quien a veces respondía a los melosos requiebros amorosos.

Cierta noche, cuando la parranda estaba llegando a su final, Mincho nos manifestó que era mejor provisionarnos de unas botellas de licor para dirigirnos donde el “Mono” Vargas, un proxeneta de la Loma del Diamante, y culminarla en aquel lugar.

El “Mono” Vargas era el único proxeneta del mundo que vendía estampitas de todos los santos. Todos aceptamos la propuesta de Mincho, y después de apropiarnos de algunas botellas, culminamos en la Loma del Diamante donde el famoso Mono Vargas.

Aquella noche, entre estatuillas de santos, escapularios y estampitas benditas, el grupo recorrió el mejor de los caminos. Jamás olvidaré la leyenda que existía debajo de una imagen de San Antonio: “... San Antonio, no permitas que decaiga mi negocio...”

Si no hubieran transcurrido más de Sesenta años, aún estuviéramos donde El Mono, amanecidos, y en medio de Santos, mujerzuelas y camas de tijeras... A excepción del autor de estas añoranzas, los autores de aquella aventura ya se encuentran en el más allá.

LA MADAMA (MADAME JULIE)

Sus descomunales senos le impedían mirarse sus propias extremidades inferiores, hallándose de pies. No alcanzaba más de un metro y medio de estatura, y sus piernas, siempre hinchadas, parecían sufrir de erisipela.

Era ojizarca y de piel blanca tostada por el sol y llena de pecas. Como era desdentada, sus mandíbulas parecían las de Popeye el marino. Por tal razón se enfermó de prognatismo, de modo que su labio superior se acomodó sobre el inferior en tal forma que, a primera vista, daba la impresión de estar siempre chiflando. Por todas estas razones, nadie entendía el idioma de la madama Julie.

Cayó en el callejón Pareja de Marbella como un paracaidista, y de inmediato se instaló en una casa sucia, cuyas ásperas paredes jamás conocieron la pintura.

Allí vivía en compañía de veinte perros, veinte gatos y de un mico gigante, casi orangután, que nunca hizo daño a nadie hasta el día en que lo envenenaron.

Del interior de su vivienda emanaban nauseabundos olores. Era la mezcla de las tres clases de excrementos, lo cual ocasionaba un potente hedor. Debido a lo anterior, para evitar desmayos, teníamos que contener la respiración al pasar por la ruta de madame Julie.

La madama era de cabellos rubios, cortos y ralos. Era ojizarca y de ojos saltones, y aunque usaba ropa barata y sin interiores, afirmaba pertenecer a la nobleza europea. Decía ser baronesa, y que una tarde, cuando paseaba con su marido por el muelle de un puerto alemán, las tropas Nazis lo asesinaron. Esa misma noche, según su dicho, se refugió en un barco francés y partió rumbo a América, y casualmente cayó en Marbella. Nunca supimos si vino por mar o si cayó del cielo.

Sus bienes fueron confiscados, pero años después, al finalizar la segunda guerra mundial, el gobierno de su país la indemnizó. Todos los meses recibía un cheque en dólares que le permitía vivir sin privaciones y alimentar sobradamente a toda su familia, la cual, como sabemos era únicamente perruna, gatuna y antropeide.

En el barrio existían muchos figones, por ello se decía que muy tarde en la noche, la madame en los puros cueros y con los senos sueltos y colgándole hasta el ombligo, recontaba su dinero y luego lo escondía dentro del colchón de su cama. Allí guardaba su tesoro.

También muchos aseguraban que al bañarse, para enjabonarse bien el pecho, tenía que echar sobre sus hombros sus abultadas y flácidas tetonas.

En cierta ocasión la vieja enfermó y fue llevada a un hospital de Barranquilla, pues allí habitaban muchos paisanos que así lo decidieron. Ena y Amparito Burgos Gómez, sus vecinas, me contaban que en esos días, durante su grave enfermedad, escucharon un prolongado y terrible aullido colectivo. El mono chillaba como si algo estuviera ocurriendo. Poco después se supo que aquella misma noche madame Julie había muerto en Barranquilla.

La madama fue enterrada en Barranquilla por orden del consulado de su país.

TERTULIANO

“La vida es un sueño y todo se va...”

Era una chiva de madera forrada de lata. A ambos lados, sobre un fondo amarillo chillón, lucía tres franjas rojas. En su parte delantera, la chiva tenía dos asientos colocados horizontalmente, y en la de atrás, dos más extensos situados paralelamente en sentido vertical. Al fondo, en la parte de atrás, había una puerta con estribos por la cual subían y bajaban los pasajeros.

Al lado izquierdo del chofer, un poco más arriba del parabrisas, estaba empotrado un cuadro de la virgen del Carmen adornado por unos lirios blancos y olorosos. A lo largo de las ventanillas laterales, permanecían enrolladas unas cortinas de lona, malolientes y desteñidas, listas para proteger a los pasajeros de las lluvias y del sol penetrante del mediodía-.

El maderamen de su estructura crujía al transitar lentamente por la calle Real de El Cabrero, y como si fuera un caballo pasero, se desplazaba dando suaves y lentos salticos por aquella carretera de continuos altibajos.

Al llegar a la casa de don Roberto Pareja, pitaba repetidamente y allí se estacionaba para esperarlo a que terminara de ajustarse su chaqueta de lino blanco y su sombrero de fieltro del mismo color: era la única chiva del mundo que aguardaba a que se alistaran sus pasajeros.

Muchas veces, hallándome sentado sobre la baranda que bordeaba el lago de El Laguito, presencié a Tertuliano estacionarse frente a la casa de Carmelo Cruz para esperar a que Lala Pombo terminara de desayunar. Recuerdo que ella al entrar a la chiva, le regalaba de premio un Lucky Strike en señal de agradecimiento.

LAS TERTULIAS DE TERTULIANO

A Tertuliano le gustaba la Tertulia, y por lo tanto su chiva se convertía diariamente en un tertuliadero.

Tertuliano era moreno, alto y delgado. Era cincuentón y desde que agarraba el timón no soltaba la palabra hasta llegar a su destino final. Bajo su moderación, en la chiva se ventilaban los problemas del barrio y de la ciudad, sin la chocante terminología de los sabios de la era actual.

Como quiera que la chiva en la parte trasera tenía dos largos asientos paralelos entre sí, los pasajeros estábamos obligados a mirarnos frente a frente durante el viaje, y como quiera que en aquella época no existía la moda de los pantalones largos femeninos, ellas se incomodaban al sentarse frente a un miembro del sexo opuesto, por esta razón, tratando de evitar panoramas de “despelote”, estiraban sus faldas hasta el máximo y juntaban estrechamente sus piernas.

En la actualidad, al viajar como pasajero en una buseta del barrio de Manga, vi entrar a una linda estudiante, muy joven por cierto. Recordando los tiempos de Tertuliano, me puse de pies y le brindé el puesto; ella se dirigió a mi muy amablemente, y me dijo: “... Tranquilo señor, quédese sentadito, Ud. lo necesita más que yo...”

Después de lo anterior, no volveré a cumplir con las rígidas y anticuadas reglas de Carreño.

EL “FANTASMA” DEL CABRERO

A la memoria de Antonio de la Vega Vélez (Tolín)

Un penetrante y prolongado sonido metálico interrumpía el silencio de la noche cabrerana. La gente pensaba que era el alma en pena de un esclavo que había regresado para vengarse de los descendientes de quienes fueron sus amos en el pasado.

Aunque en aquella época no existía la televisión, y aún Bonilla Naar no había escrito la “Pezuña del Diablo”, su famosa novela, las gentes ignorantes veían en el sonido de la cadena a Diego León, el temible esclavo de la futura novela que sería publicada por la televisión nacional. El sonido era producido por el roce prolongado de los eslabones de una cadena sobre el concreto de la calle Real de El Cabrero.

La prensa de la época hizo gran escándalo sobre aquel mito, convirtiéndolo en el más popular de todos los infundios que jamás se hubieran tejido en Cartagena. En el Diario de la Costa, por ejemplo, desde la primera página se informaba todos los días sobre las andanzas del fantasma cabrerano.

El asunto tomó mucho vuelo, hasta el punto de que en el mercado público no se hablaba de otro tema distinto al de aquel misterioso fantasma. Hasta las servidoras domésticas abandonaron el barrio por temor.

Sin embargo, los jefes de familia del barrio resolvieron poner punto final al asunto: fue así como se montó una cacería del tan temido fantasma cabrerano, y así las cosas, como a las doce de la noche de un día cualquiera, varios vecinos salieron detrás del espectro, o mejor dicho se dieron a la tarea de encontrar el extraño sonido. Y, para sorpresa de los allí presentes, observaron que se trataba de un perro Sungo: el animal tenía atada al cuello una cadena que arrastraba en el pavimento. Así, por esa causa elemental, se producía el misterioso sonido.

Al analizar los hechos, descubrieron que el animal, guardián de una de las casas vecinas, se zafaba por las noches y salía a recorrer la calle Real arrastrando la cadena. Quien soltaba al perro era nada menos que Polocho Angulo, dueño del animal. Como en aquellos días no había buen alumbrado público, la oscuridad ayudaba a fomentar más el misterio fantasmal.

A los pocos días se descubrió que el travieso Polocho Angulo, un personaje divertido e ingenioso, era quien daba vida al folletín desde las columnas del Diario de la Costa. Fue descubierto porque llevado por su desbordada imaginación, colgó una noche en la bonga de los Galofre, una sábana blanca con la figura característica de los fantasmas, para asustar a los cabreranos que regresaban a la medianoche de la función de cine del Circo Teatro.

Solo poniendo a Polocho en evidencia, el sosiego retornó al barrio. Por lo tanto, a los pocos días regresaron las domésticas con sus baúles de madera y sus camas de tijeras.

La historia anterior ocurrió hace aproximadamente unos setenta años.